



CULTURA y EQUILIBRIO SOCIAL

Eduardo Marturet

Al término de un atípico concierto donde me tocó dirigir a la Berliner Symphoniker, en la “*Lange Nacht der Museen*”, (“La Noche Larga de los Museos”) rodeado por la envidiable colección de obras flamencas y venecianas de la Galería de Arte Nacional de Berlín (Gemäldegalerie am Kulturforum); nos invitaron a comer al famoso restaurante Borchart donde entre escritores, políticos y estrellas de la farándula berlinesa; estaba un grupo poco usual de jóvenes músicos israelitas y árabes compartiendo la mesa con el pianista y director argentino-israelí Daniel Barenboim. Después de los saludos de rigor donde no se dejaron esperar las inevitables referencias humorísticas al folklorismo de la política venezolana, pudimos observar, con gran admiración, como un grupo tan disímil, donde además de las lenguas contrapuestas, Hebreo y Árabe, se hablaba simultáneamente el Francés, el Español, el Alemán y el Inglés, compartían, alegre y armónicamente, unidos por un objetivo común: la música.

Al otro día, una noticia en los titulares de los diarios más importantes de Europa, anunciaba a Daniel Barenboim como el ganador del Premio Príncipe de Asturias de la Concordia junto al escritor palestino Edward Said con quien ha creado el West Eastern Divan, un taller de trabajo con jóvenes músicos del Medio Oriente. Estos encuentros, que han tenido lugar en Weimar, Chicago, y más recientemente en Sevilla, se han convertido en una de las experiencias más importantes de convivencia pacífica, con una orquesta en la que participan músicos palestinos, israelíes, sirios, libaneses y egipcios.

Esa misma noche me reuní en el Hotel Adlon con el maestro Kent Nagano quien, junto a Daniel Barenboim y Simon Rattle, representa la máxima autoridad musical de Berlín. La conversación con Nagano confirma mi tesis de como dos ciudades tan distintas como Caracas y Berlín, pudiesen, en ciertos aspectos, ser muy parecidas.

La capital germana es una ciudad económicamente quebrada lo cual afectará dramáticamente su futuro cultural; aun siendo Alemania un país donde ningún miembro del parlamento consideraría, remotamente posible, el proponer algún ajuste presupuestario que pudiese afectar negativamente a las Bellas Artes. Para ellos, deporte, cultura, y educación son la misma cosa. Algo que a los venezolanos ya nos debería parecer familiar. ¡Difícilmente! Cuando nuestros estadistas sufren de un exceso de materia gris a la hora de inventarse nuevos ministerios y de una miopía crónica en el momento de otorgarles los recursos.

Lo cierto es que Berlín, estando históricamente predestinada a convertirse en la capital cultural europea del Siglo XXI, podría no llenar las expectativas sujetas al efectivo desarrollo de una sólida infraestructura turística.

De no ser así, ¿como podrán justificar, a largo plazo, la existencia de 3 compañías de ópera y ballet, 4 de teatro, 7 orquestas sinfónicas estables, cerca de 50 agrupaciones camerísticas y más de 100 museos? Berlín gozaría entonces de un enorme parecido con la otrora sucursal del cielo: Santiago León de

Caracas, y las virtudes de las Bellas Artes, aun para la realidad germana, pasarían a ser tema de controversial confrontación política.

Quizás es propicio, e histórico, el momento para ser testigos de un profundo cambio paradigmático en cuanto al papel político que, en un futuro no muy lejano, le tocará jugar a la cultura.

El hemisferio occidental se ha basado en la dualidad bipolar como su más efectiva fórmula de expresión estética. Tensión y relajamiento, positivo y negativo, tesis y antítesis, han sido conceptos que siempre gozaron de gran popularidad en un mundo donde la disonancia pareciera ser su estado natural; desde la tragedia griega hasta la ambigua bipolaridad de la física cuántica. Es un instinto tan arraigado en nuestro código genético que resultaría difícil, por no decir imposible, interactuar en un mundo neutro donde no existiese el concepto de los opuestos. La historia de la literatura sería otra. En Hollywood no habría trama sin el bien enfrentándose a el mal.

Aun en el más extremo estado de aislamiento, ausente de todo estímulo externo, la mente del hombre moderno no puede dejar de emitir juicios de valor sobre todo aquello, tangible o no, donde pueda focalizar su atención. Es precisamente en ese estado psíquico, dualista por excelencia, donde se origina lo que en su forma más aguda llamamos “stress”, y, lo que paradójicamente estimula la gran mayoría de las actividades productivas de la sociedad moderna pero, a su vez, la somete a una presión psicológica sin precedentes.

En un escenario con un elevado contenido natural como el campo, por ejemplo, la bipolaridad subyace de una forma espontánea: el día y la noche, el frío y el calor, la tormenta y la calma, la lluvia y la sequía, el hambre y la saciedad.

Pareciera que fuera la propia naturaleza, con su ejemplo, la encargada de enseñarnos a vivir armónicamente de acuerdo a un mundo en permanente equilibrio entre los opuestos.

Lamentablemente la realidad es otra. El apego por la vida urbana nos aísla a tal punto que la naturaleza no deja de ser más que un lujo distante y lejano, una referencia casi poética, virtual. No por casualidad la carencia de ese equilibrio es, probablemente, la causante de la mayor inestabilidad social, política y económica a lo largo de toda la historia moderna.

Hoy en día, en Venezuela, sería realmente difícil imaginarse un escenario político con un gobierno cauto, ponderado y armónico, disfrutando de una relación pro-activa e inteligente con una opinión pública desprejuiciada y neutral.

Con un discurso político que busca más bien acentuar los opuestos, mostrando el más absoluto desprecio por los puntos medios, nuestro presente ha conocido y vivido las diferencias más crudas y extremas desde la guerra federal.

No sería, entonces, tan descabellado proponerse opciones alternas en la búsqueda de ese equilibrio perdido, tan necesario para la convivencia armónica y tan útil para la comprensión y el entendimiento de nuestra complejidad social.

El protagonismo que tendrá que asumir la cultura puede que sea ambiguo y peligroso, pero quizás sea la única salida para sobrevivir en un mundo político donde se negocia el poder en base a un efectismo que termina imponiéndose a través de medias mentiras y verdades a medias.

La experiencia de Barenboim con el West Eastern Divan podría servir de ejemplo para aquellos políticos que, con una estelar demostración de ignorancia, todavía le confieren virtudes elitescas a las Bellas Artes. Hoy en día, la cultura solo merece ser considerada de uso exclusivo de las elites en aquellas aberrantes circunstancias donde el deporte y la educación también lo fueran. Circunstancias tan poco parecidas a las nuestras que manifestaciones artísticas “populares” como Los Diablos de Yare, por solo citar un ejemplo, serían también elitescas por definición.

De hecho, tan lejos estamos de ese escenario que, musicalmente hablando, Venezuela pertenece desde hace más de dos décadas, al primer mundo; y, hoy, encabeza la lista de los pocos países que han entendido la necesidad de canalizar la enseñanza musical como un poderoso y estratégico instrumento de transformación social. No por casualidad, un premio internacional de igual relevancia al Príncipe de Asturias, el Premio Nobel Alternativo de la Paz, fue otorgado en Octubre del 2001, por el parlamento sueco, al maestro José Antonio Abreu con motivo de la revolucionaria obra musical que ha desarrollado en Venezuela y en gran parte de la América Latina.

Kent Nagano no podía salir de su asombro al conocer los detalles del mundo musical venezolano. Como de una forma casi milagrosa el movimiento de orquestas juveniles e infantiles ha logrado consolidarse y sobrevivir, a través de tres décadas, los avatares de un país en permanente crisis política, moral y económica.

Un proyecto social, integracionista, basado en el trabajo en equipo y motivado por la conquista de la excelencia, es, ante los ojos de la comunidad internacional, un modelo de exportación, que cuenta con el apoyo permanente de la UNESCO, el BID (Banco Interamericano de Desarrollo) y el Banco Mundial. Desde Carupano hasta San Cristobal, desde Ciudad Bolívar hasta La Guayra, desde San Juan de Los Morros hasta Porlamar, más de 300.000 venezolanos se benefician de un revolucionario sistema educativo que ha sabido incorporar a todo el espectro social de la juventud y la niñez venezolana. No por casualidad un joven como Lenar Acosta sale de la marginalidad de un retén de menores para ingresar a la Orquesta Nacional Juvenil de Caracas como su Primer Clarinetista Solista. O el caso de Edicson Ruíz, estudiante del Núcleo San Agustín del Sur, que a los 17 años de edad, deja la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar para formar parte de la sección de contrabajos de la Filarmónica de Berlín, la orquesta más prestigiosa del mundo. Más que casos aislados y emblemáticos son parte del día a día de una organización que se ha convertido en un modelo, ejemplo, para toda la América Latina.

La fórmula de José Antonio Abreu es paradigmática, más no milagrosa. Su ecuación está basada en la constancia, en la disciplina y en el trabajo del ser humano que, desde muy temprana edad, entiende y acepta el sacrificio que implica acceder a los más elevados valores espirituales. Los ingredientes son exactamente los mismos que maneja tan acertadamente Daniel Barenboim para calmar el odio y la rabia que atormenta al grupo de brillantes jóvenes israelitas y palestinos que posiblemente nunca conocieron la paz pero, ahora, podrán soñar con ella y, eventualmente, conquistarla.

Al igual que la naturaleza, la música nos enseña a convivir con el dualismo bipolar, a entender que no hay una sola verdad, ni la realidad es una sola. Nos hace descubrir como la tensión armónica, siendo parte intrínseca del drama, es una necesidad tan vital como la vida propia. Como no puede existir lo positivo sin lo negativo. El arte de hacer de lo opuesto una virtud.

Para los venezolanos significa entender, quizás por primera vez en nuestra historia contemporánea, el drama del Medio Oriente como una viva realidad donde, vernos retratados en ese aterrador ejemplo, deja de ser anecdótico y se convierte en un futuro cada vez más cercano y posible.

Para la Cultura, en Venezuela, aprender la habilidad de responder con acierto e inteligencia ante un país con profundas carencias y desequilibrios, que, por encima de todo, nos exige ser comprometidos y auténticos con una realidad social dinámica y en permanente transformación.